

1ª PARTE

Presentación por parte del autor

Fui estudiante como muchos, con poco interés por lo que me querían enseñar, tanto en temas de filosofía como de ciencias sagradas; lo suficiente para mantener mi beca. Llegué a un final de estudios *seminarísticos* y culminé lo que, en aquellos tiempos, se llamaba la carrera eclesiástica.

En mi currículum, al principio de mi vida activa, noté que la gente me interesaba y advertí que mis palabras también iban interesando.

En principio, después de haber terminado los estudios, mi dedicación fue para la juventud, este segmento tan importante de nuestra población, y me di cuenta que ello estaba exigiéndome cada vez más preparación, ideas más hechas y asimiladas. Así comenzó mi deseo de estudio, reflexión y toma de conciencia de todo lo que tenía oportunidad de dar y recibir.

Aquellos años de carrera no me habían calado. Pasaban cursos y se llenaban con una programación para llegar a una meta. Creo que era como el caballo de la noria, que con los ojos tapados hace un trabajo, pero no es consciente del agua que, gracias a su esfuerzo, se extrae del pozo.

Se llenó el estanque, que era el objetivo a conseguir, pero pronto esa pequeña presa quedaría como si la hubieran vaciado. Y hubiera quedado el aljibe seco, obligándome otra vez a rodar, con los ojos tapados por las anteojeras.

Sin duda, los jóvenes y sus movimientos apostólicos me quitaron la venda. Me interesé mucho más en mi preparación, leí mucho; me trabajé, o mejor diré, ellos me trabajaron, ellos y mis amigos, que — como yo— nos sentíamos empujados mutuamente. Nos obligábamos a estudiar psicología, algo de sociología y mucho de las corrientes del pensamiento sobre pastoral y teología de aquellos tiempos que nos habían tocado vivir y compartir.

Unas revistas de teología y pastoral, empezaron a crearnos inquietudes. Un grupo de sus teólogos asesores y profesores de los seminarios, como Luis Maldonado, Casiano Floristan, Jesús Burgaleta, Julio Lois, Estepa, Joan Batlle, y Rovira Belloso, nos introdujeron en el pensamiento pedagógico y teológico anteriores al concilio. Ellos, junto con las grandes mentes teológicas de la primera mitad del s. XX, serían sus promotores e ideólogos.

Recurrimos a revistas como *Razón y Fe*, *Sal Terrae*, *Questions de vida cristiana*, y *Concilium*. Empezaron a sonarnos nombres que venían del extranjero y así —además del P. Planes, del P. Alegría, y de las teólogas María Campo Alage, Lili Álvarez, María Salas, Pilar Belloso, o Margarita Pinto—, los teólogos llegados de universidades europeas aprendimos nombres como Von Baltasar, Alonso Schökel, La Casa de la Biblia, Tillich, Congar, Chenu, Häring, Lubach, Mesters, Danielou, Godin, Buber, Schilleebeck, los teólogos sudamericanos con su teología de la liberación, Gustavo Gutiérrez, Leonardo Boff, del siempre actual Hans Kung, para llegar hasta los teólogos de nuestros días.

Todo este paquete de ideas nos pilló a nosotros, clérigos jóvenes, desprevenidos, vertiendo nuestra generación a aquel acontecimiento que vería pronto su llegada: el concilio Vaticano II. Tiempo que nos dio la oportunidad —junto con un grupo de amigos y gente preocupada— de seguir las sesiones del concilio, durante cuya celebración, como si acudiéramos a clase diaria, nos creaba verdaderas expectativas, que caían como lluvia del cielo en nuestros ambientes renovadores.

Así empezó mi nueva faceta, dentro de los que proclamábamos «la teología de la encarnación y del compromiso temporal». En otras latitudes se llamará teología de la liberación.

Sin embargo, con Pablo VI, el Papa de la duda permanente, vimos nacer la decepción, que ha permanecido entre nosotros y no ha finalizado ni en nuestros días.

Vino después la época destructiva de aquella torre, más soñada que planificada, con obispo retrógrado, amigos desertando, unos escapando hacia la mitra, otros secularizados y formando nuevo hogar.

La depresión psicológica y mental, el enamoramiento, la merma de objetivos a medio plazo sin cumplir, estudios universitarios en Madrid para discernir, y matrimonio canónico para concluir.

Nueva vida de laico, padre de familia, profesor a dos niveles que exigían preparación, ganas de transmitir lo que llevaba dentro; hizo también la exploración sin grandes éxitos de escritor, sobre variados temas, en mi lengua vernácula, sin renunciar a darme a conocer en mi nueva faceta como traductor, precisamente de mi último libro, que clasifiqué como el más personal y de cierta profundidad de contenido.

Así empezó este libro. Así quiero presentar su nueva síntesis y muestra.

En un reciente viaje a la bella y muy europea Hungría, paseando por las calles de la ciudad de Buda, un anuncio luminoso intermitente nos invitó a mi mujer y a mí a entrar en una librería que se anunciaba como internacional, y caí en la tentación de comprarme un libro del Premio Nobel de Literatura magiar Imre Kertész, titulado *Fiasco*. Se mostraba en un estante dedicado a libros escritos en castellano.

Su traducción me pareció buena e interesante su edición. Era el año 2003 y caí en la tentación de comprarlo.

Mi interés personal se centraba en conocer de primera mano la experiencia de una persona que transmitía las vivencias de la convulsa Hungría, de una persona que, como sujeto pasivo, había sufrido la bárbara invasión alemana de Hitler (dicen que de derechas), lo que provocó la deportación del autor ni más ni menos que al temido campo de concentración nazi de Auschwitz en 1944 (donde Dios estuvo ausente, según Ratzinger), y al no menos terrorífico Buchenwald.

Poco tiempo después, al sufrir otra invasión —en este caso del terrible imperio ruso de Stalin, con su sistema dictatorial comunista (de izquierdas), en el que tantas y tantas víctimas cayeron—, toda Hungría sufrió tres azotes: dos catastróficos —de las invasiones alemana y rusa—, y el tercero era el intento de lavado de cerebro de toda la población magiar.

Creímos conveniente visitar el Museo del Terror del propio Budapest, que muestra a las víctimas que perecieron con un terror inhumano por defender su tierra, su lengua milenaria y la no menos rica cultura húngara.

Kertész comienza su novela describiendo a su protagonista: «sentado ante el secreter. Pensaba. Era por la mañana, hacia las diez. Sobre esa hora siempre solía pensar». «Muchos problemas y preocupaciones agobian al viejo, y éste tenía que reflexionar».

A Pere le sucedió algo parecido.

Un libro, una reflexión, una catarsis, una paranoia. Así nace este libro.

El autor, marcado por los muchos años cumplidos desde el año 1930 en que nació, acuciado por sus reflexiones en torno a la vida que le ha tocado vivir en tiempos de guerra y de ¿paz?, por muchos problemas y preocupaciones que le acuciaran, se encaró a la resolución del «debo pensar» y aclarar el porqué de tantos años de dedicación al cultivo del espíritu, a discernir, a escuchar, a atreverse a dar consejos, a acompañar a personas que creyeron poderse fiar de su criterio e incluso de sus consejos de amigo.

1.- Reelaboración de los recuerdos vividos por el autor

Con este título no quiero significar que reinvento, sino que doy forma literaria a mis experiencias infantiles, juveniles, de persona adulta y más aún, si cabe, del personaje jubilado, que no retirado de la vida. La mirada retrospectiva del autor está impregnada de luces y sombras, de colores duros y de otros más matizados. Al recorrer los estadios de su vida a través de su memoria ya deteriorada, el

autor recuerda a quienes mucho le amaron, como sus padres, y a aquellas otras a quienes amó profunda o superficialmente, memoria de las que hoy le siguen amando, y lo hace visionando, como en una película, los períodos en blanco y negro y los ratos que fueron explosión de colores.

Contemplados todos ellos surge la pregunta: ¿se puede seguir siendo soñador de utopías frente a la realidad crítica en la que vive la humanidad hoy?

Sin embargo, hoy, como si Pere fuese un adolescente a una edad propecta, nunca ha abandonado la utopía. En ella ha vivido y en ella desea morir.

Tal utopía nace, como en cualquier otro ser humano, de una experiencia personal de la que intenta no apearse, a pesar de las muchas tempestades interiores y exteriores que la pretendan derrumbar, destruir, y le sitúen en un estado de angustia o de pura catarsis continuada.

Su experiencia personal dice que no siempre fue así. Desde los infantiles años, se intentó a toda nuestra generación suplantar su «yo íntimo y auténtico», para al fin confesar que todos los que conformamos dicha generación, durante años hemos sufrido dicha suplantación. «No se debía decidir nada por uno mismo». «Los que sabían, lo hacían en lugar nuestro».

Padres, escuela; para el autor el seminario eclesiástico. Ellos pesaban tanto que, ¡pobres de nosotros! Había que consultar siempre, ya que la conciencia del niño, del adolescente, del joven, no estaba suficientemente formada, decían. Éramos demasiado simples, egoístas, atolondrados, llenos de pensamientos ingenuos, no teníamos luces suficientes para poder afrontar retos razonablemente serios, aunque fueran los que nos dictara la propia conciencia. ¿Dónde quedaba la decisión personal, aunque fuésemos tan poca cosa?

En principio debía quedarse en los márgenes de la personalidad, no sea que las doctrinas de Lutero y partidarios, hicieran mella en las decisiones contrarias a las programadas.

Pero a pesar de todo, cada una de aquellas conciencias —producto de tantas y tantas vivencias, de matices tan diferentes y ambivalentes—, siempre ha gritado para poder decir su última palabra, aunque